

Desde el Comité Editorial

Querido lector:

Si tiene usted menos de 32 años y ha vivido la mayor parte o toda su vida en la Ciudad de México o sus cercanías, es casi seguro que nunca haya experimentado un sismo de la magnitud de aquellos dos que tan recientemente nos afectaron. Todos ahora, por desgracia, podemos compartir esos sentimientos de zozobra, inquietud y temor que tales movimientos generan en el ánimo de los afectados. Resulta por otro lado paradójico que el más intenso de los dos sismos haya ocurrido –sin que esto tuviera algún significado real– precisamente un 19 de septiembre, fecha en la que en 1985 se sintiera el más intenso y destructivo de los sismos que han sacudido a la Ciudad de México, y que incluso éste haya ocurrido pocas horas después del simulacro antisísmico destinado a conmemorar el sismo de 1985. Por otro lado, los movimientos ocurridos el pasado mes de septiembre nos han enseñado a distinguir entre lo que es la magnitud y la intensidad de un sismo; pues si bien el primero tuvo una magnitud mayor en su epicentro, sus efectos fueron prácticamente imperceptibles, en tanto que el segundo sismo, el ocurrido el 19 de septiembre, a pesar de tener una magnitud menor –por razones que les resultarán claras tras la lectura de lo que sobre este tema les preparamos–, en la Ciudad de México tuvo una mayor intensidad, pues ésta depende de la distancia al epicentro y la zona en donde se siente (suelo rocoso *vs.* lodoso).

Dado que el número de *Ciencia* correspondiente a los meses de octubre-diciembre se encontraba en pleno proceso de producción, fuimos incapaces de traer a ustedes, queridos lectores, información científica e ilustrativa sobre el tema; y no fue sino hasta el número de enero-marzo que lo hicimos con premura pero con pulcritud. Ahora, en este número de *Ciencia* correspondiente a los meses de julio-septiembre, a casi un año de la ocurrencia de dichos sismos, hemos pedido a Xyoli Pérez Campos, directora del Servicio Sismológico Nacional y gran conocedora tanto de las causas como de las consecuencias de los sismos, que les traiga a ustedes una sección temática en donde estos fenómenos se examinen desde muy diversos puntos de vista, que incluyan no sólo lo geofísico y lo geológico, sino también lo relacionado con la ingeniería y la medicina, así como lo económico y lo social. Estoy seguro, queridos lectores, de que los artículos que hemos preparado con gran cuidado para ustedes serán de su agrado y les resultarán a la vez tanto interesantes como instructivos.

Aparte de esta espléndida sección temática –pero ligada a ella de alguna manera–, si ustedes quieren adentrarse en el tema de lo que contribuye a que los recuerdos de experiencias sumamente traumáticas persistan en un individuo, no dejen de leer el artículo “‘Duro de matar’: neurobiología del recuerdo emotivo”, por Sofía González Salinas y colaboradores. Por otro lado, queridos lectores, ya dentro del mundo maravilloso de la naturaleza y la biología, les recomendamos

que no se pierdan el divertido y a la vez interesante artículo de José Luis Aguilar López: “Una vida de sapo: una obra en seis actos y 28 días”, en el que nos hace partícipes del desarrollo de estos interesantes batracios.

Estoy seguro de que tanto ustedes como yo hemos debatido ampliamente con amigos u otras personas sobre el tema de si alguien sabe escribir muy bien y otros definitivamente carecen de esa cualidad. No puedo entonces dejar de recomendar que compartan o difieran de los puntos de vista expresados en relación con este tópico por María Dolores Flores Aguilar en su artículo “¡Qué complejidad! El significado de escribir bien”. Los invito a no dejar la revista sin antes visitar la sección “Debate” y compartir o disentir con Juan Pedro Laclette, miembro

distinguido de nuestro Comité Editorial, sobre el tema del triste, demagógico y falaz apoyo que la actual administración gubernamental de nuestro país, a través del Conacyt, otorgó a la ciencia, tecnología e innovación en México. Finalmente, no puedo dejar de recomendarles que visiten la parte electrónica de la revista y dentro de ella se percaten, de acuerdo al texto de Rosalinda Raya, de cómo las ilustraciones y los diminutos textos de los libros-álbum entran en complicidad para colocar a sus lectores frente a enigmas que los retan y obligan a tratar de resolverlos, tal como el título de su hermosa contribución: “La lectura como enigma” lo sugiere.

MIGUEL PÉREZ DE LA MORA
Director

